

•fácil, finura y sagacidad para solventar las pequeñas dificultades de las disputas; tales son las cualidades que raras veces dejan de asegurar en quien las posee el respeto y la influencia más tal vez que á un jefe reconocido (1).»

En los Tongas y Dayaks, análogos ejemplos de sustitucion de influencia.

Desde el primer momento reconocemos, que el principio en el cual vimos el único principio de fuerza, es tambien el único principio de organizacion. La autoridad de un jefe político, cualquiera que sea, se adquiere con una aptitud que se manifiesta bajo la forma de una edad más avanzada, de una mayor valentía, de una voluntad más fuerte, de un saber más extenso, de un espíritu más vivo ó de una riqueza mayor. Pero la supremacia que depende exclusivamente de atributos personales es evidentemente pasajera. Está siempre expuesta á sucumbir ante la de un hombre más capaz que de un momento á otro puede elevarse; y entonces, aun cuando no sucumbiera, la muerte daríale fin inevitablemente. Debemos inquirir pues, cómo se establece la institucion permanente de un jefe. Mas antes, es necesario examinar á fondo las dos clases de superioridad que conducen especialmente á esta institucion, y sus maneras de operar.

Si el vigor físico es una causa de predominio en el seno de la tribu en ocasiones diariamente renovadas, más cierto es aun que es una causa de predominio cuando se une al valor. La guerra es, pues, una causa cuyo efecto es el de afirmar más cada vez toda naciente autoridad de esta clase. Cualquiera que sea la repugnancia que tengan los miembros de la tribu para el reconocimiento de la autoridad en uno de ellos, este sentimiento debe desaparecer ante la necesidad de seguridad, cuando ésta la asegura el reconocimiento de aquélla.

La elevacion del guerrero más fuerte y valeroso al poder es primeramente espontánea, y más adelante la vuelve más definida el comun acuerdo; á veces está sometida á una prueba. En Australia, donde un guerrero «solo es estimado de los otros segun su destreza en arrojar un venablo ó en esquivarlo (2),» es posible que la mayor capacidad para la guerra de que dé pruebas un guerrero, sea la causa de la autoridad temporal que se observa en ese país. También vemos este génesis natural del mando en los Comanches donde cualquiera que se distingue cogiendo muchos «caballos y cabelleras puede aspirar á la categoría de jefe, y ella se levanta poco á poco por el consentimiento popu-

(1) Marsden, *History of Sumatra*, 211.

(2) *Transactions Ethnological Society*. New Series, III, 250.

lar (1).» Mas generalmente, sin embargo, la elevacion del jefe es efecto de una eleccion deliberada, así por ejemplo entre los Cabezas-planas, donde á «excepcion de los jefes de guerra, nadie ejerce ninguna autoridad (2).» En ciertos casos pónense á prueba la fuerza, la destreza, el valor y la paciencia. En las islas Tonga, el rey debe sufrir una prueba: se le arrojan tres lanzas que debe esquivar. Entre los Dyaks del litoral, una de las cualidades necesarias de un jefe de guerra es la destreza en trepar por un gran mástil bien engrasado (3). En fin; Saint-John cuenta que en ciertos casos «era costumbre, cuando se trataba de decidir quién seria el jefe, que los rivales se pusieran en busca de una cabeza; el que primero traia este trofeo era proclamado vencedor (4).»

Además, la necesidad de tener un jefe útil da por resultado el restaurarse la institucion do quiera ésta se ha debilitado ó hecho nominal. «La experiencia, dice Edwards, enseñó á los Caribes que la disciplina es tan necesaria como el valor; eligen á sus capitanes con gran solemnidad en las asambleas generales, y someten á los pretendientes á pruebas de una barbarie odiosa (5).» Lo mismo entre los Abipones, «que no temen gran cosa á su cacique como juez, ni honran tampoco como dueño, pero al cual no dejan de seguir como jefe y soberano en la guerra á todas partes donde se necesita atacar ó rechazar al enemigo (6).»

Estos hechos y otros análogos entrañan tres consecuencias muy cercanas una de otra. Primeramente, la continuidad de la guerra entraña la continuidad de la autoridad del jefe. Luego, á medida que el jefe vé crecer su influencia como comandante militar afortunado, la adquiere como jefe civil. En tercer lugar, la union así establecida entre la supremacia militar y la política, se conserva durante las subsiguientes fases de la evolucion social. No solo es entre los Malgachos, los Hotentotes y otros entre los que el jefe ó el rey marcha á la cabeza de su ejército; tampoco es únicamente en los pueblos semi-civilizados como los antiguos Mejicanos y Peruanos donde se vé al monarca y al general formar una sola persona; la historia de los pueblos extintos y la de las naciones existentes presentan en todas partes ejemplos de esta relacion. En Egipto, «en los tiempos primitivos los cargos de rey y general eran inseparables (7).» Las

(1) Schoolcraft. *Expedition to the Sources of the Mississippi*. 1855, I, 231.

(2) Bancroft, *loc. cit.*, I, 275.

(3) Hugh Low. *Sarawak*. 209.

(4) St-John. *Life in the Forest of the Far East*. I, 223.

(5) Edwards. *History of the British West Indies*. I, 48.

(6) Dobrizhoffer. *loc. cit.*, II, 103.

(7) Taylor. *Student's Manual of Ancient History Egypt*. 1843, 16.

esculturas é inscripciones asirias representan al soberano despótico bajo los caracteres del soldado vencedor; lo mismo vemos en los documentos hebreos. La supremacia civil y la supremacia militar estaban unidas entre los Griegos de Homero; en la primitiva Roma «el general era comunmente el mismo rey (1).» ¿Hay necesidad de ejemplos para recordar que así sucedió en Europa, en todas partes, y que así sucede aun ahora en los pueblos más militares?

¿Cómo una autoridad de una clase más extensa deriva de la autoridad militar? Esto no se vé fácilmente en las sociedades que carecen de historia. A lo sumo podemos suponer que á medida que el guerrero ó jefe victorioso adquiere mayor poder coercitivo, se impone naturalmente una regla más fuerte en los asuntos civiles. Tenemos la prueba de que así aconteció en los pueblos históricos. Segun Sohm, las invasiones romanas produjeron en los Germanos el resultado de que

«el poder real se confundió con el mando del ejército (hecho permanente), y por consiguiente se elevó á la categoría de una institucion del Estado. La subordinacion militar bajo el rey-jefe, favoreció el progreso de la subordinacion política al rey... El poder real despues de las invasiones, es un poder real visiblemente armado con derechos soberanos, un poder real en el sentido moderno (2).»

De la misma manera observa Ranke, durante las guerras del siglo xv contra los Ingleses:—

«La monarquía francesa, al paso que combatia por su propia existencia, adquiria, como por efecto de la lucha, una organizacion más sólida. Los expedientes á los cuales se recurrió para sostener la lucha, se hicieron como en otros casos importantes, instituciones nacionales (3).»

La carrera de Napoleon y la reciente historia del imperio aleman nos ofrecen dos modernos ejemplos de la relacion que existe entre la guerra afortunada, y la afirmacion de la autoridad política.

Por consiguiente, el gobierno de la sociedad, nacido por regla general de

(1) Sohm. *Die frankische Reichs-und-Gerichts-verfassung*. 1871, I, 9.

(2) Ranke. *Histoire de France*, principalmente durante los siglos xvi y xvii, traduccion francesa, 1854, I, 58.

(3) Mommsem.

la influencia adquirida por el guerrero más poderoso, atrevido ó capaz, se establece cuando la guerra concede á la superioridad de este guerrero la ocasion de manifestar y producir la subordinacion; más adelante, el desarrollo del poder político conserva su primera relacion con el ejercicio de las funciones militares.

No obstante, se formaria una falsa idea del origen del gobierno si no se hablase más que de esta fuente. Otra influencia, que obrando tan pronto sola como con el concurso de la que acabamos de hablar, tiene extremada importancia, es la del hechicero.

No puede decirse que nazca tan pronto como la otra, pues no puede producirse sino cuando ha tomado cuerpo la teoría animista. Pero desde que queda establecida la creencia en los espíritus de los muertos, el hechicero que pretende gobernarlos y que inspira fé en sus pretensiones, se hace un objeto de temor é impone la obediencia. Se nos cuenta que entre los Thlinkits «el mayor triunfo del poder de un hechicero es el de hacer pasar uno de los espíritus á quienes manda al cuerpo del individuo que se niega á creer en su poder; tras esto, el poseido pierde el conocimiento ó le acometen convulsiones (1).» Esto nos da una idea del terror que el hechicero inspira, y de la autoridad que por consiguiente puede adquirir. Tenemos de ello pruebas desde las razas más inferiores á las más elevadas. Fitzroy dice que «el hechicero entre los Fuegianos (2)» es el más astuto y trapacero de la tribu y tiene una gran influencia sobre sus compañeros. «Aun cuando los Tasmanianos no vivieran encorvados bajo el despotismo de sus jefes, se inclinaban ante los consejos, obedecian al prestigio de ciertos prudentes ó sabios, y temblaban ante ellos (3).» Un jefe de Haidahs «parece el principal hechicero del pueblo, y hasta solo tendria una pequeña autoridad aparte de la que posee por su poder sobrehumano (4).» Los hechiceros dacothis:

«Son los mayores bribones de la tribu, ejercen una influencia enorme en el espíritu de los jóvenes á quienes se educa en la creencia en sus poderes sobrenaturales... El jefe militar que dirige á los guerreros en la batalla, es siem-

(1) Bancroft. *loc. cit.*, III, 148.

(2) Admiral Fitzroy, *Voyages of the «Adventure» and «Beagle»* II, 178.

(3) Bonwick, *Darby Life and Origin of the Tasmanians*, 1870, 175.

(4) Bancroft, *loc. cit.* III, 285.

pre un hechicero y se cree que tiene el poder de conducir á la victoria á los suyos ó de salvarles de la derrota (1).»

En los pueblos más avanzados del África, el pretendido poder de operar efectos sobrenaturales da igualmente influencia fortificando la autoridad adquirida por otros medios. Así sucede entre los Amazulus: «un jefe hechiza al otro antes de combatirlo,» y los suyos tienen gran confianza en él, si como mago tiene gran nombradía. Tal es el origen del poder de Langalibalele, quien, según el obispo Colenso, «conoce bien la composición del *intelezi*, usado para mandar al tiempo, y conoce también perfectamente la hechicería de guerra, es decir, lo que la compone, además de ser él mismo un sabio.» Se vé mejor aún cómo la influencia del rey de los Obbos proviene de esta causa, cuando durante la sequía reúne á sus súbditos y les dice:

«Cuanto siento que su conducta le haya obligado á imponerles el mal tiempo, pero que es por culpa suya... Necesita cabras y grano. No hay cabras, no hay lluvia, este es nuestro trato, amigos míos; dice Ratchiba... Que su pueblo se queja del exceso de lluvia? Les amenaza con condenarles á tempestad y rayos perpétuos si no le llevan tantas cestas de grano, etc., etc. Sus súbditos tienen en su poder la más absoluta confianza (2).»

En fin; en Loango se cree también que el rey manda al tiempo.

Vuelve á encontrarse una relación análoga en los monumentos de diferentes pueblos estintos de entrambos hemisferios. Huitzilopochtli, el fundador del imperio mejicano, «era un gran mago y un gran hechicero.» Cada rey mejicano, al subir al trono, había de jurar que «obligaría al sol á seguir su curso, á las nubes á llover sobre la tierra, á hacer correr los ríos y á madurar los frutos (3).» Un soberano chibcha que reprocha á sus súbditos su falta de obediencia, les dice que ellos «saben que tiene poder para enviarles una epidemia, darles la viruela, el reumatismo, la calentura, y para hacer crecer tanta yerba, legumbres ó plantas como puedan ellos desear (4).» Antiguos documentos egipcios dan indicaciones de una creencia primitiva parecida. Después de la

(1) Schoolcraft. *Expedition of the Source of the Mississippi*. IV, 495.

(2) Baker.

(3) Bancroft. *loc. cit.*, III, 295.

(4) Piedrahita. *Historia del Nuevo reino de Granada*. II, 17.

apoteosis de Thothmes III, «considerósele como al buen dios de la comarca, que preservaba de la mala influencia de los espíritus del mal y de los magos (1).» Lo mismo sucedía con los Judíos:

«Los escritos rabínicos no acaban nunca con la ciencia y el poder mágico de Salomón. No solamente nos lo presentan como el rey de la tierra entera, sino también como el soberano de los buenos y de los malos espíritus; atribúyenle el poder de separarlos de los cuerpos de los hombres y de los animales y también el de librarles de ellos (2).»

Las tradiciones de los pueblos europeos suministran hechos análogos. Como ya vimos, los relatos de la saga *Heims-kringla* hacen suponer que Odín, el soberano escandinavo, era un hechicero, lo que también fueron Niort y Frey sus sucesores. Cuando se recuerdan las armas y los triunfos sobrenaturales de los reyes heroicos primitivos, casi no puede dudarse de que poseyeran también en ciertos casos poderes mágicos de donde derivan los pretendidos poderes de ciertos reyes para curar enfermedades con el tacto ó por medio de otras prácticas. Y tanto menos podemos dudar de ello, cuanto que se atribuían poderes análogos á jefes subalternos nacidos de héroes de los tiempos primitivos. Había nobles bretones de antigua raza cuya saliva y tacto pasaban por tener virtudes curativas.

Es, pues, cierto que un factor importante del génesis de la autoridad política de un jefe es un producto de la teoría animista, y de la creencia que hombres que adquirieron poder sobre los espíritus pueden asegurarse su obediencia. Generalmente el jefe y el hechicero no son una persona misma; y entonces existe entre los dos cierto antagonismo; son rivales en autoridad. Pero cuando el jefe añade al poder adquirido por medios naturales el otro pretendido poder sobrenatural, su autoridad resulta considerablemente aumentada. Los miembros de su tribu que estarían tentados á resistirle si solo el valor pudiera decidir entre ellos, no osan hacerlo si le creen dueño de mandarles á alguno de los de su guardia de aparecidos para atormentarles. Tenemos pruebas de que los jefes desean reunir en su persona entrambos caracteres. Canon Callaway nos dice que entre los Amazulus, un jefe procura descubrir los secretos de un hechicero; después de lo cual le mata (3).

(1) Brugsch. *History of Egypt*. I, 406.

(2) *Supernatural Religion*. 2ª ed., 1874, I, 117.

(3) Canon Callaway. *The Religious System of the Amazulu*. 310, nota, 86.